

del condazgo. El chino, para descubrirle el enigma que le dijo al tiempo de embarcarnos, le sacó un cañutero lleno de brillantes exquisitos y una cajita, como de polvos, surtida de hermosas perlas, y le dijo: —Español, de estos cañuteros tengo quince, y cuarenta de estas cajitas; ¿qué dice usted, ¹ me habilitarán de moneda á merced de ellos?

El comerciante, admirado con aquella riqueza, no se cansaba de ponderar los quilates de los diamantes y lo grande, igual y orientado de las perlas; y así, en medio de su abstracción, respondió: —Si todos los brillantes y perlas son como éstas, en tanta cantidad, bien podrán dar dos millones de pesos. ¡Oh, qué riqueza! ¡qué primor! ¡qué hermosura!

—Yo diría, repuso el chino, ¡qué bobería! ¡qué locura! ¡y qué necedad la de los hombres, que se pagan tanto de unas piedras y de unos humores endurecidos de las ostras, que acaso serán enfermedades, como las piedras que los hombres crían en las vejigas de la orina ó los riñones! Amigo, los hombres aprecian lo difícil más que lo bello. Un brillante de estos cierto que es hermoso y de una solidez más que de pedernal; pero sobran piedras que equivalen á ellos en lo brillante y que remiten á los ojos la luz que reflecta en ellos matizada con los

¹ Había aprendido el chino en la navegación los tratamientos y modo de hablar de nosotros.

colores del iris, que son los que nos envía el diamante y no más. Un pedazo de cristal hace el mismo brillo, y una sarta de cuentas de vidrio es más vistosa que una de perlas; pero los diamantes no son comunes y las perlas se esconden en el fondo de la mar, y he aquí los motivos más sólidos por que se estiman tanto. Si los hombres fueran más cuerdos, bajarían de estimación muchas cosas que la logran á merced de su locura. En uno de esos libros que ustedes me prestaron en el viaje, he visto escrito, con escándalo, que una tal Cleopatra obsequió á su querido Marco Antonio, dándole en un vaso de vino una perla desleída en vinagre, pero perla tan grande y exquisita, que dicen valía una ciudad.

Nadie puede dudar que este fué un exceso de locura de Cleopatra y una necia vanidad; pero yo no la culpo tanto. Es verdad que fué una extravagancia de mujer, que apasionada por un hombre creyó obsequiarlo dándole aquella perla inestimable, en señal de que le daba lo más rico que tenía; pero esto nada tiene de particular en una mujer enamorada. La reputación, la libertad y la salud de las mujeres creeré que valen más para ellas que la perla de Cleopatra, y con todo eso todos los días sacrifican á la pasión del amor y en obsequio de un hombre, que acaso no las ama, su salud, su libertad y su honor.

A mí lo que me escandaliza no es la liberalidad de

Cleopatra, sino el valor que tenía la perla; pero ya se ve, esto lo que prueba es que siempre los hombres han sido pagados de lo raro. A mí por ahora lo que me interesa es valirme de su preocupación para habilitarme de dinero.

—Pues lo conseguirá usted fácilmente, le dijo el español, porque mientras haya hombres, no faltará quién pague los diamantes y las perlas, y mientras haya mujeres, sobrará quién sacrifique á los hombres para que las compren. Esta tarde vendré con un lapidario, y emplearé diez ó doce mil pesos.

Se llegó la hora de comer, y después de hacerlo, salió el comerciante á la calle, y á poco rato volvió con el inteligente y ajustó unos cuantos brillantes y cuatro hilos de perlas con tres hermosas calabacillas, pagando el dinero de contado.

A los tres días se separó de nuestra compañía, quedándonos el chino, yo, su criado y otro mozo de México que le solicité para que hiciera los mandados.

Todavía estaba creyendo mi amigo que yo era conde, y cada rato me decía: — Conde, ¿cuándo vendrán de tu tierra por tí? — Yo le respondía lo primero que se me venía á la cabeza, y él quedaba muy satisfecho, pero no lo quedaba tanto el criado mexicano, que aunque me veía decente, no advertía en mí el lujo de un conde; y tanto le llegó á chocar, que un día me dijo:—Señor, per-

done su merced; pero dígame, ¿es conde de veras ó se apellida así? — Así me apellido, le respondí, y me quité de encima aquel curioso majadero.

Así lo iba yo pasando muy bien entre conde y no conde con mi chino, ganándole cada día más y más el afecto, y siendo depositario de su confianza y de su dinero, con tanta libertad, que yo mismo, temiendo no me picara la culebra del juego y fuera á hacer una de las más, le daba las llaves del baúl y petaquilla, diciéndole que las guardara y me diese el dinero para el gasto. Él nunca las tomaba, hasta que una vez que instaba yo sobre ello se puso serio, y con su acostumbrada ingenuidad me dijo: — Conde, días ha que porfías porque yo guarde mi dinero; guárdalo tú si quieres, que yo no desconfío de tí, porque eres noble, y de los nobles jamás se debe desconfiar, porque el que lo es, procura que sus acciones correspondan á sus principios; esto obliga á cualquier noble, aunque sea pobre; ¿cuánto no obligará á un noble visible y señalado en la sociedad como un conde? Conque así guarda las llaves y gasta con libertad en cuanto conozcas que es necesario á mi comodidad y decencia; porque te advierto que me hallo muy disgustado en esta casa, que es muy chica, incómoda, sucia y mal servida, siendo lo peor la mesa; y así hazme gusto de proporcionarme otra cosa mejor, y si todas las casas de tu tierra son así, avísame para conformarme de una vez.

Yo le dí las gracias por su confianza, y le dije que supuesto quería tratarse como caballero que era, tenía dinero, y me comisionaba para ello, que perdiera cuidado, que en menos de ocho días se compondría todo.

A este tiempo entró el criado mi paisano con el maestro barbero, quien luego que me vió se fué sobre mí con los brazos abiertos, y apretándome el pescuezo que ya me ahogaba, me decía: — ¡Bendito sea Dios, señor amo, que lo vuelvo á ver y tan guapote! ¿Dónde ha estado usted? Porque después de la descolada que le dieron los malditos indios de Tula, ya no he vuelto á saber de usted para nada. Lo más que me dijo un su amigo fué que lo habían despachado á un presidio de soldado, por no sé qué cosas que hizo en Tixtla; pero de entonces acá no he vuelto á tener razón de usted. Conque dígame, señor, ¿qué es de su vida?

Al decir esto me soltó, y conocí que mi amigote, que me acababa de hacer quedar tan mal, era el señor Andresillo, que me ayudaba á afeitar perros, desollar indios, desquijarar viejas y echar ayudas. No puedo negar que me alegré de verlo, porque el pobre era buen muchacho; pero hubiera dado no sé qué, porque no hubiera sido tan extremoso y majadero como fué, haciéndome poner colorado y echando por tierra mi condazgo con sus sencillas preguntas delante del señor chino, que como nada lerdo, advirtió que mi condazgo

y riquezas eran trapacerías; pero disimuló y se dejó afeitar, y concluída esta diligencia, pagué á Andrés un peso por la barba, porque es fácil ser liberal con lo ajeno.

Andrés me volvió á abrazar y me dijo que lo visitara, que tenía muchas cosas que decirme, que su barbería estaba en la calle de la Merced, junto á la casa del Pueblo. Con esto se fué, y mi amo el chino, á quien debo dar este nombre, me dijo con la mayor prudencia:

— Acabo de conocer que ni eres rico ni conde, y creo que te valiste de este artificio para vivir mejor á mi lado. Nada me hace fuerza, ni te tengo á mal que te proporcionaras tu mejor pasaje con una mentira inocente. Mucho menos pienses que has bajado de concepto para mí, porque eres pobre y no hay tal condazgo; yo te he juzgado hombre de bien, y por eso te he querido. Siempre que lo seas, continuarás logrando el mismo lugar en mi estimación, pues para mí no hay más conde que el hombre de bien, sea quien fuere, y el que sea un pícaro no me hará creer que es noble, aunque sea conde. Conque anda; no te avergüences; sígueme sirviendo como hasta aquí, y señálate salario, que yo no sé cuánto ganan los criados como tú en tu tierra.

Aunque me avergoncé un poco de verme pasar en un momento en el concepto de mi amo de conde á criado, no me disgustó su cariño, ni menos la libertad que me

concedía de señalarme salario á mi arbitrio y pagarme de mi mano; y así, procurando desechar la vergüencilla como si fuera mal pensamiento, procuré pasarme buena vida, comenzando por granjear á mi amo y darle gusto.

Con este pensamiento salí á buscar casa, y hallé una muy hermosa y con cuantas comodidades se pueden apetecer, y á más de esto barata y en buena calle, como es la que llaman de Don Juan Manuel.

A seguida, como ya sabía el modo, me conchabé con un almonedero, quien la adornó pronto y con mucha decencia. Después solicité un buen cocinero y un portero, y á lo último compré un famoso coche con dos troncos de mulas; encargué un cochero y un lacayo, les mandé hacer libreas á mi gusto, y cuando estaba todo prevenido, llevé á mi amo á que tomara posesión de su casa.

Hemos de estar en que yo no le había dado parte de nada de lo que estaba haciendo, ni tampoco le dije que aquella casa era suya, sino que le pregunté qué le parecía aquella casa, ajuar, coche y todo. Y cuando me respondió que aquello sí estaba regular, y no la casucha donde vivía, le dí el consuelo de que supiera que era suyo. Me dió las gracias, me pidió la cuenta de lo gastado para apuntarlo en su diario económico y se quedó allí con mucho gusto.

Yo no estaba menos contento; ya se ve, ¿quién

había de estar disgustado con tan buena coca como me había encontrado? Tenía buena casa, buena mesa, ropa decente, muchas onzas á mi disposición, libertad, coche en que andar y muy poco trabajo, si merece el nombre de trabajo el mandar criados y darles el gasto.

En fin, yo me hallé la bolita de oro con mi nuevo amo, quien, á más de ser muy rico, liberal y bueno, me quería más cada día porque yo estudiaba el modo de lisonjearlo. Me hacía muy circunspecto en su presencia, y tan económico, que reñía con los criados por un cabo de vela que se quedaba ardiendo, y por tantita paja que veía tirada por el patio; y así mi amo vivía confiado en que le cuidaba mucho sus intereses; pero no sabía que cuando salía solo no iban mis bolsas vacías de oro y plata, que gastaba alegremente con mis amigos y las amigas de ellos.

Ellos se admiraban de mi suerte y me rodeaban como moscas á la miel. Las muchachas me hacían más fiestas que perro hambriento á un hueso sabroso, y yo estaba envanecido con mi dicha.

Un día que iba solo en el coche á un almuerzo para que fui convidado en Jamaica, decía entre mí: — ¡Qué equivocado estaba mi padre cuando me predicaba que aprendiera oficio ó me dedicara á trabajar en algo útil para subsistir, porque el que no trabajaba no comía! Eso sería en su tiempo, allá en tiempo del rey Perico;